

Martínez, Frédéric, *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*, Bogotá, Banco de la República/Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001

¡París, la ciudad luz!

Este libro, referido al siglo XIX colombiano, presenta una visión sistemática sobre el cúmulo de referencias europeas usadas por políticos, intelectuales, mercaderes y hombres de Estado para sustentar o desvirtuar sus posiciones religiosas, políticas y educativas. Estos discursos alentaron la construcción del Estado nacional y sirvieron de soporte al pensamiento político de sectores liberales y conservadores. Ambos partidos, en su pugna por legitimar el poder frente al país y las naciones *civilizadas* de Europa occidental, alimentaron sus ideologías con esquemas políticos foráneos y elaboraron un discurso que pudiera ser reconocido por su propio país y por aquellos objeto de su apología.

Esta obra identifica las circunstancias, con sus matices, que facilitaron a religiosos, estudiantes, comerciantes y políticos, alimentarse de los modelos europeos. Cada uno eligió, según su óptica e intereses, desde los discursos más liberales o democráticos, hasta los más conservadores esgrimidos en defensa de la Iglesia Católica sobre las demás instituciones. El autor revela paso a paso, con una historia bien narrada, los diversos procesos y personajes que estuvieron pendientes de las ideas, la arquitectura, las costumbres, escuelas, universidades, cárceles, cafetines, bibliotecas y esquemas sociales de las naciones europeas, que les sirvieron de modelos.

El libro comienza haciendo una presentación de cuerpo entero de la Colombia de la segunda mitad del

siglo XIX. La independencia había dejado una nación en obra negra, carente de instituciones y sistemas políticos eficientes y legítimos, ávida de entidades educativas y administrativas que dieran vía a un país libre y democrático. Esta situación alentó iniciativas por modernizar el Estado, tarea emprendida por los liberales de aquél entonces. Al ir tras la libertad de cultos, la abolición de la esclavitud, la libertad de prensa, aquellos suscitaron a tal grado una oposición conservadora que generó una gran inestabilidad, amén de una sucesión de guerras civiles y conflictos por el poder, en fin, un caos que obligó a unos y otros a buscar un modelo para construir una nueva nación.

El autor parte de las anteriores dificultades políticas para analizar el deseo nacional de imitar los países *civilizados* de Europa, en especial a Francia. El primer acercamiento fue puramente imaginario. Martínez muestra que una parte de las nociones iniciales acerca de los países europeos fueron fruto de las noticias y relatos de los pocos colombianos que visitaron el viejo continente antes de la primera mitad del siglo XIX, o de aquellos que consumieron productos importados, o leyeron las revistas y periódicos europeos que como *El Correo de Ultramar* o *El Eco Hispano-Americano* dedicaban ediciones a ser-

vir de mensajeras de Europa a América; circulaban además novelas francesas y traducciones de lecturas políticas, catecismos y obras religiosas. Era común encontrar que los periódicos y semanarios locales destinaban parte de sus páginas a debates sobre problemas europeos. Estas publicaciones representaron aquella parte de la sociedad que cada sector político admiraba o deseaba conocer e imitar, más aun, de la que esperaba reconocimiento.

La primera mitad del libro examina los factores que llevaron a mirar hacia Europa: la situación política, las reformas constitucionales, la crisis social y los primeros intercambios con el mundo europeo y estadounidense, contacto que comenzó propiciando las presencias extranjeras en Colombia; primer paso para que un buen grupo de colombianos a su vez se decidiera a viajar. Llegada la segunda mitad del siglo, los miembros de las elites económicas y políticas consideraron indispensable salir del país, con excusas que abarcan desde la formación profesional de médicos y científicos hasta la idea de que no puede uno morir sin haber ido a París.

La otra mitad del texto se ocupa del desarrollo y características de los viajes que realizaron los nacionales al extranjero. El autor presenta

una serie de casos específicos para ilustrar cómo el pensamiento y las acciones políticas se vieron modificadas a partir del contacto con otros países; algo que para la historiografía colombiana ha sido una verdad a medias, pues todos coinciden en aceptar las influencias extranjeras en el pensamiento político colombiano, pero los canales de circulación de éstas nunca habían sido descritas y analizadas con tanta minucia. El esfuerzo pionero se nota por ejemplo en la visión panorámica alcanzada por los viajeros colombianos en Europa. Hasta ahora los trabajos se habían centrado en los relatos de los viajeros extranjeros en Colombia.

Los colombianos encontraron variadas razones para emprender el viaje a Europa: representar al país en las oficinas consulares, en ferias y exposiciones, asistir al colegio o a la universidad, trabar amistades con los clérigos o intelectuales del momento, viajar a Tierra Santa en el caso de los conservadores, ganar prestigio, hacer contactos comerciales, razones que este libro explora al detalle. Así mismo, el autor ilustra los mecanismos ingeniosos por el frágil Estado para costear el personal enviado en misiones oficiales a Europa.

Martínez elaboró una base de datos en la que almacena la infor-

mación sobre los viajeros colombianos en el extranjero, que suman más de 500. El análisis de esta lista revela que la mayor parte de las veces, los cargos diplomáticos eran otorgados por compadrazgo o para pagar favores políticos. En ocasiones, quienes los ocupaban no sabían inglés ni francés. Algunos eran negociantes que aprovecharon su estadía para su propio beneficio, otros eran estudiantes que encontraban en la carrera diplomática la mejor manera de pagarse los estudios.

En todo caso, sea cual fuere el objetivo, los países visitados dieron para todo. Aquello a que se aferraron los liberales y demócratas servía a los conservadores como prueba irrefutable de la necesidad de defender al cristianismo atacado por las *pestes* europeas. Aparentemente las referencias extranjeras brindaron respuestas satisfactorias tanto para quien buscaba ideales de libertad y democracia, como para quien defendía un Estado con una soberanía basada en el orden y la religión. Todos encontraron en el viejo continente y Estados Unidos, personajes ilustres y detestados, modelos a seguir y a desechar, verdades y mentiras.

Sin embargo, paradójicamente, la llegada de los primeros colombianos a Europa implicó cierta decepción. Nuestros ilustres compa-

triotas, así hablaran francés, supieran de memoria la vida de Víctor Hugo y Chateaubriand, tomaran el té a las cinco y hablaran con propiedad del liberalismo o las virtudes del cristianismo, fueron recibidos como simples salvajes, de tal forma que muy pronto la ciudad luz se les llenó de tinieblas.

Los colombianos provenían de una tierra de la que los extranjeros de ese entonces recolectaban pieles de tigre, bocetos de indios desnudos, plantas y noticias sobre la ineptitud de las instituciones. Los viajeros europeos en Colombia no podían contar la misma historia que los viajeros colombianos en Europa. Parecería que ambos hablaran de dos países diferentes. Si para Saffray, en Colombia cualquiera que supiera leer era un ilustre doctor, cuando los diplomáticos colombianos se presentaron en Europa como tales, las credenciales de las sociedades de historia, geografía, ciencias, astronomía que exhibieron fueron consideradas de dudosa credibilidad. Humboldt había llevado monos y plantas de Colombia y en sus escritos hablaba del buen salvaje. Pues efectivamente, estos "buenos salvajes" fueron víctimas del rechazo y, lo más seguro, hasta de la burla.

A mi juicio, es en este punto que Martínez presenta el análisis más

acertado, pues logra mostrar cómo el rechazo extranjero al colombiano generó un incipiente nacionalismo. Cuando nuestros viajeros vieron el trato de segunda que recibieron, empezaron a relativizar lo observado a su alrededor, y a valorar la democracia y las instituciones decimonónicas locales. Surgieron voces que afirmaron que Colombia era una nación digna del respeto del mundo entero. Irónicamente, los orígenes de este nacionalismo tuvieron como soporte el rechazo cosmopolita.

Europa, Inglaterra y Estados Unidos fueron vistos como el ejemplo de lo que no debía ocurrir en Colombia: la democracia francesa empezaba a verse como excesiva y desbordada, madre de todos los vicios, incluso algunos liberales se retractaron de enviar a sus hijos por el temor de verlos caer en estas tentaciones. Nuestros nacionales evaluaron con humildad las leyes colombianas y se esforzaron por encontrar en el incipiente Estado colombiano un ejemplo que mostrar.

Una parte de los viajeros colombianos prefirieron visitar Tierra Santa por motivos religiosos, otro tanto optó por esta ruta ante el rechazo europeo. En Jerusalén se sintieron cultos y respetados, *franceses* por fin.

Como resultado de los múltiples viajes de los colombianos se empezaron a publicar cartas y diarios de viaje de manera periódica. Los de los conservadores cuentan las maravillas del mundo cristiano, el valor del catolicismo dentro del establecimiento, exaltan las ventajas de los países dominados por las instituciones religiosas, ejemplo que Colombia debería imitar. Para ello, promueven la presencia de comunidades religiosas, restringen la libertad de cultos e implementan la educación católica en las escuelas. Por su parte, los liberales se esfuerzan por educar políticamente al colombiano, para lo cual denigran de la política ultramontana y promueven la modernización del Estado a partir de la reestructuración del gobierno central y sus instituciones. Así mismo, proponen reformar el sistema educativo a partir del modelo alemán, traer una decena de profesores para que lideren escuelas pilotos; sin embargo la poca unidad de los Estados del país dificulta la tarea educativa al igual que los propósitos de ampliar la red férrea y "europeizar" el país trayendo extranjeros a colonizar los campos.

Tanto los liberales como los conservadores empiezan a usar sus experiencias de viaje como argumento para atacarse mutuamente. Se acusan entre sí de imitadores y juz-

gan las posiciones de cada cual con ejemplos europeos.

Según Martínez, la aparición de la literatura costumbrista en Colombia tuvo estrecha relación con el auge de los relatos de viaje de los colombianos en el extranjero y con el debate mismo que estas experiencias suscitaron. El primer género verdaderamente nacional tuvo su génesis en la necesidad de crear un discurso sobre lo propio y autóctono, a lo cual se sumó el cada vez más nacionalizado discurso europeo. Las letras colombianas, en el afán de rescatar la cultura y costumbres raizales, caricaturizan al viajero y su experiencia. La relevancia del viaje entró en cuestión, el asombro y las ansias de los colombianos por lo ajeno se redujeron en parte cuando los relatos sobre lo nacional se hicieron, más elocuentes y significativos.

El libro termina por presentar las influencias extranjeras en los discursos liberales que se dan a partir de 1867 y el camino que se traza a La Regeneración. Ya que los referentes de nación usados hasta ahora no sirvieron para edificar un Estado legítimo, el interés por Europa se concentró en aprender del manejo de instituciones públicas y sistemas productivos. Así, los nuevos esquemas importados se reflejaron en el manejo y creación de institu-

ciones como la Universidad Nacional. Su primer rector, Manuel Ancizar, se propuso imitar el esquema norteamericano, mientras su sucesor defendió el modelo de educación alemán. Instituciones destinadas al orden como la policía y el ejército fueron reformadas; ya que no se logró un Estado verdaderamente democrático y ajeno a grandes crisis sociales, gobiernos como el de Caro procuraron defender el orden. Muchos de estos lineamientos fracasaron o tuvieron algún éxito, hasta códigos penales franceses se adaptaron de forma deliberada, pero finalmente no lograron reducir la violencia y las crisis sociales que existían antes del interés por importar soluciones.

Es importante destacar la documentación consultada por el autor. Sorprende la amplitud y variedad de las fuentes primarias: el autor sigue la pista a las publicaciones extranjeras que llegaban a Colombia, a los diarios, almanaques y revistas de circulación nacional y, desde luego, a la prensa extranjera en la que Colombia tuvo alguna participación. Las letras de los viajeros en el extranjero están muy bien estudiadas: cartas, memorias, artículos de prensa, boletines y libros fueron leí-

dos con detalle. El libro presenta una serie de ilustraciones, en su mayoría retratos de viajeros y políticos del momento, que hubiera valido la pena ampliar con la inclusión de más ilustraciones de éstos en sus travesías.

En general, las ediciones del Banco de la República de las últimas décadas han sido de buena calidad. En este libro se nota el esfuerzo por presentar al lector un texto organizado, bien traducido y de fácil lectura. Con rigor, el autor presenta las abreviaturas y terminología utilizadas, una introducción que deja ver los propósitos del libro y al final, una bibliografía ordenada que permite búsquedas sencillas.

Este libro es un importante esfuerzo por descubrir cuáles fueron los elementos en la formación del pensamiento político del siglo XIX, cuáles los mecanismos y los referentes usados y desde luego cómo todas las experiencias con las otras naciones terminaron por afianzar una construcción de nación supuestamente cimentada en lo propio.

Katherine Ríos.

Geógrafa, Universidad Nacional de Colombia.